

Selección de textos de *Cratilo* o del lenguaje de Platón

(Según la traducción y edición de Atilano Domínguez en Editorial Trotta, Madrid, 2002)

Texto 1: (383a-383e)

Hermógenes: ¡Sócrates! Cratilo, aquí presente, dice que la rectitud de un nombre está fijada por naturaleza a cada uno de los seres, y que, por tanto, no es nombre aquel con que algunos lo denominan, a saber, una parte de la voz por ellos emitida, porque con ella hayan convenido denominarlo. Que, por el contrario, hay una rectitud connatural de los nombres y que ésta es la misma para todos los hombres, tanto griegos como bárbaros.

Por eso, le pregunto a él mismo si *Cratilo* es o no es un nombre de verdad. Y él confiesa que sí lo es. “¿Y el de Sócrates?”, le dije. “Es *Sócrates*”, contestó él. “¿Entonces también para los demás hombres, el nombre con el que designamos a cada uno, ése es el nombre de cada uno?” A lo cual replicó: “En tu caso no, aunque todos te llamen con el nombre de *Hermógenes*”.

Y como le sigo preguntando, con el deseo de saber qué es lo que dice, él no sólo no me aclara nada, sino que ironiza conmigo, simulando meditar en su interior, como si supiera acerca del asunto algo que, si quisiera decirlo abiertamente, quizá lograra que también yo estuviera de acuerdo con él y dijera lo mismo que él dice.

Así pues, si eres capaz de dar con el sentido del oráculo de Cratilo, te escucharía con gusto. Aún más, si te parece que tú mismo sabes algo acerca de la rectitud de los nombres, lo escucharía de mejor grado todavía, si quisieras decirlo.

Sócrates: ¡*Hermógenes*, hijo de Hipónico! dice un antiguo proverbio que “todo lo hermoso es difícil”, cuando hay que aprenderlo.

Y ciertamente que el aprendizaje relativo a los nombres no es un asunto baladí. De ahí que si yo hubiera escuchado ya de boca de Pródico la exposición de cincuenta dracmas, que, según él dice, basta para que el oyente esté instruido sobre el particular, nada impediría sin duda que tú supieras al momento la verdad acerca de la rectitud de los nombres. Pero lo cierto es que no le he escuchado más que la exposición de un dracma. ¿Cómo estaré, pues, seguro de conocer la verdad acerca de cosas tan importantes?

Estoy sin embargo dispuesto a investigarlo junto contigo y con Cratilo. En cuanto a que éste no admite que *Hermógenes* es tu nombre correcto, sospecho que se burla de ti; pues quizá piense que tú fracasas siempre que intentas conseguir riquezas. Ahora bien, ya he dicho que se trata de un asunto difícil de conocer, por lo que es necesario investigar, expresándonos con franqueza, si es como tú dices o como dice Cratilo.

Hermógenes: En cuanto a mí, Sócrates, después de haber discutido muchas veces con él y con otros muchos, no logro convencerme de que la rectitud del nombre sea otra que convención o acuerdo. Pues a mi me parece que el nombre que uno pone a una cosa, es correcto; y que, si inmediatamente lo cambia por otro, y ya no utiliza el anterior, no es menos correcto el último que el primero. Y así, cuando nosotros cambiamos los nombres a los criados, no sigue siendo menos correcto el nombre puesto después que el de antes. Pues no hay en absoluto ningún nombre que convenga por naturaleza a ninguna cosa concreta, sino por ley y por costumbre de los que adquieren el hábito de hablar.

[...]

Texto 2: (390a-391a)

Sócrates: Por consiguiente, apreciarás tanto al legislador de aquí como al de los bárbaros, siempre que a cada cosa se le de la forma del nombre que le conviene, cualesquiera que sean las sílabas en las que lo haga, y no será peor legislador el de aquí ni el de cualquier otra parte.

Hermógenes: Ciertamente.

Sócrates: ¿Quién será, pues, el que sabe si la forma adecuada de lanzadera se halla en una madera cualquiera: el artesano que la hizo o el tejedor que la utilizará?

Hermógenes: Me parece Sócrates, que más bien el que la utilizará.

Sócrates: ¿Y quién utilizará la obra del fabricante de liras? ¿No será él quien mejor sepa dirigir al que la fabrica y que, una vez terminada, sepa si la lira está bien fabricada o no?

[...]

Sócrates: Y la obra del legislador ¿quién la dirigirá mejor y la juzgará una vez fabricada, tanto aquí como entre los bárbaros? ¿No será aquel que va a utilizarla?

Hermógenes: Sí.

Sócrates: ¿No es este el que sabe preguntar?

Hermógenes: Ciertamente.

Sócrates: ¿Y es el mismo el que sabe responder?

Hermógenes: Sí.

Sócrates: Y al que sabe preguntar y responder, ¿le das tú un nombre distinto de dialéctico?

Hermógenes: No otro, sino ése.

Sócrates: Por tanto, la obra del artesano consiste en hacer un timón bajo la dirección del piloto, si el timón ha de ser bueno.

Hermógenes: Así parece.

Sócrates: Y la obra del legislador es, según parece, el nombre; pero, si quiere que los nombres estén bien puestos, actuará bajo la dirección del hombre llamado dialéctico.

Hermógenes: Así es.

Sócrates: Por consiguiente, es posible, *Hermógenes* que el acto de poner el nombre no sea, como tu crees, una tarea irrelevante, ni propia de hombres mediocres ni del primero al que se le ocurra.

Aún más, dice la verdad Cratilo al afirmar que los nombres corresponden por naturaleza a las cosas y que no cualquiera es artífice de nombres, sino tan sólo aquel que dirige su mirada hacia el nombre que corresponde por naturaleza a cada cosa, y que es capaz de poner su forma en las letras y en las sílabas.

[...]

Texto 3: (432a-433a)

Sócrates: Quizás sufran este inconveniente que tú mencionas aquellas cosas que necesariamente existen o no existen en virtud de un determinado número. Y así, el mismo número diez o cualquier otro que tú quieras, si le omites o añades algo, se convierte rápidamente en otro número.

Pero la rectitud de una cualidad o de una imagen completa quizá no sea el mismo tipo, sino que, por el contrario, no deba en absoluto ofrecer todos los detalles del objeto que ella imita, si ha de ser propiamente una imagen. En efecto, fíjate si digo algo. ¿Acaso estas cosas, Cratilo y la imagen de Cratilo, serían realmente dos, si alguno de los dioses no sólo reprodujera tu color y tu figura, como los pintores, sino que hiciera todas las cosas del interior tal y como son las tuyas, y les diera el mismo grado de blandura y de temperatura, y les imprimiera el movimiento, el alma y la reflexión, exactamente iguales a como en ti existen; y, en una palabra, pusiera a tu lado una réplica exacta de todas cuantas cosas tú tienes? Sería esto, pregunto, Cratilo y la imagen de Cratilo, ¿o serían más bien dos Cratilos?

Cratilo: Me parece que serían dos Cratilos.

Sócrates: ¿Ves, pues, amigo, que hay que buscar una rectitud distinta de la imagen y de las cosas que ahora mencionábamos, y que no sería necesario, aún cuando falte o se le añada algo, que deje de ser imagen? ¿O no percibes que las imágenes están muy lejos de tener los mismos caracteres que las cosas de las que son imágenes?

Cratilo: Sí, lo percibo.

Sócrates: En efecto, que burlas no sufrirían Cratilo, de parte de los nombres, las cosas por estos nombradas, si ellos se asemejaran totalmente a ellas! Todas las cosas serían dobles, por lo que quizá no lograrías decir de ninguno de los dos cuál es la cosa misma y cuál es el nombre.

Cratilo: Es verdad lo que dices.

Sócrates: Atrévete, pues, noble amigo a admitir que un nombre está bien puesto y otro no, y no exijas que tenga todas las letras para que sea exactamente igual que la cosa por él nombrada, sino permite incluso que lleve una letra que no le conviene. Y, si una letra, también un nombre en una frase; y, si un nombre, también que una frase no apropiada a las cosas sea incluida dentro de otra, sin que ello impida que la cosa sea nombrada y dicha. Pero a condición de que se mantenga el carácter esencial de la cosa, objeto del discurso, tal como, hace un momento, si recuerdas, habíamos dicho Hermógenes y yo acerca de los nombres de los elementos.

Cratilo: Sí lo recuerdo.

Sócrates: ¡Enhorabuena, pues! Ya que, mientras se mantenga ese carácter esencial, aunque no posea todos los rasgos apropiados, la cosa será dicha: bien, cuando los posee todos, y mal, cuando tan sólo posee unos pocos. Permitamos, pues, divino Cratilo, que el objeto sea dicho a fin de que no contraigamos una deuda como los que, en Egina, van de camino muy entrada la noche, no sea que también nosotros demos la impresión de haber llegado realmente más tarde de lo debido a las cosas.

En caso contrario, busca tú alguna otra rectitud del nombre y que no convenga conmigo en que el nombre es una manifestación de la cosa, hecha con sílabas y letras. Puesto que, si admites estas dos cosas a la vez, no podrás ser coherente contigo mismo.

[...]

Texto 4: (438a-)

Sócrates: Puesto que los nombres están en discordia, ya que tanto los unos como los otros afirman que ellos son los semejantes a la verdad, ¿con qué zanjaremos la cuestión y a qué recurriremos? Sin duda que no a otros nombres distintos de estos, puesto que no los hay. Por el contrario, es evidente que hay que buscar cualquier cosa distinta de los nombres, para que nos manifieste, sin nombres, cuáles de éstos son verdaderos, desvelándonos la verdad de los seres.

Cratilo: Así me parece a mí.

Sócrates: Si esto es así, Cratilo, hay que concluir, según parece, que es posible aprender los seres sin nombres.

Cratilo: Es evidente

Sócrates: ¿Y de que otro modo esperas todavía aprenderlos? ¿Acaso por un medio distinto del que es obvio y más justo, es decir, aprendiendo unos seres por otros, si son de la misma naturaleza, y a cada uno por sí mismo? Porque lo que es distinto y diverso de ellos quizá signifique algo distinto y diverso, mas no a los seres mismos.

Cratilo: Me parece que es verdad lo que dices.

Sócrates: Un momento, ¡por Zeus! ¿Pero no hemos coincidido muchas veces en que los nombres, los que están bien puestos, son semejantes a los objetos por ellos nombrados, y que son imágenes de las cosas?

Cratilo: Sí.

Sócrates: Así, pues, si es muy posible aprender las cosas por los nombres, pero también por ellas mismas, ¿cual de esos dos aprendizajes sería el más hermoso y el más seguro? ¿Aprender, a partir de la imagen, la imagen misma y si es correcta, y, a la vez, la verdad de la que ella es imagen; o, a partir de la verdad, aprender la misma verdad y si su imagen ha sido realizada de forma correcta?

Cratilo: Me parece a mí que es necesario partir de la verdad.

Sócrates: Por consiguiente, llegar a saber de qué forma haya que aprender o descubrir a los seres quizá sea tarea superior a mis fuerzas y a las tuyas. Debemos, sin embargo, felicitarnos de haber convenido en que no hay que partir de los nombres, sino que hay que aprender de los seres e indagarlos por ellos mismos, mucho mejor que a partir de los nombres.